

25. ¡Sube niño!

Se quitó la faja que le ceñía la cintura, la hizo bajar en el pozo, donde flotaba el cuerpo sin vida de un niño, y dijo en voz alta: *"¡Vamos, sube niño!"*. Lo sacó afuera y lo devolvió a la madre que lloraba con desesperación.

Un día se escuchó un grito de la gente: *"¡Está muerto, está muerto!"* Un relámpago había matado a un pobre vendedor ambulante. Gaspar dijo: *"Ve, don Biagio, ve a socorrerlo"*. Don Biagio corrió y le devolvió la vida. El hombre apenas abrió sus ojos, despertando como de una pesadilla, dijo: *"Ya estaba condenado al borde del infierno, porque estaba muerto en el pecado. ¡Qué gracia grande he recibido!"*

Cuando le preguntaban a don Biagio si estos milagros fueran realmente ciertos, él respondía: *"Sí, son de verdad, ¡pero no los hice yo! Sólo hice lo que me mandó hacer don Gaspar"*.

¿Quién era este misionero que estaba haciendo gracias tan prodigiosas, con o sin orden de don Gaspar?

Nació en Porto Recanati, en 1792. Sacerdote culto de óptima y santa vida, era de carácter tímido y hogareño. Gravemente enfermo, conoció a don Gaspar en Loreto, donde había ido *"a morir junto a la Virgen"*. El misionero lo hizo arrodillar con él ante la Virgen y después de haber orado juntos, lo invitó a unirse con él, prometiéndole la sanación. Don Biagio predicó con el Santo alguna Misión, pero ya que su familia se oponía a su distanciamiento, regresó a su casa. Gaspar, después de un año, llegó a insistir, pero don Biagio titubeaba, en parte debido a que la hemoptisis continuaba. Entonces el santo le escribió: *- ¡Ven! Para su estado de salud no sufrirá ningún daño, de hecho!*

Al darse cuenta, sin duda, que era la voluntad de Dios que se convirtiera en un misionero y que Gaspar era un hombre de Dios, se abandonó por completo a la nueva vocación. Pero no fue fácil convencer a los miembros de su familia.

El padre de don Biagio, Crispino, era una autoridad en el puerto de Recanati. Gaspar fue varias veces a hablar con él y un día lo llevó a andar sobre el mar. El misionero tuvo la oportunidad de hablar a muchos pescadores que, con sus barcos se reunieron alrededor del donde estaba. Fue un momento muy bonito. Una imagen, una

de las muchas, que lo hicieron repensar a la vida y ministerio de Jesús: un pescador de hombres entre los muchos pescadores de peces...

Predicó con Gaspar en Gualdo Tadino, cuando recibió una carta desde su casa: *“Mamá se está muriendo y quiere verlo absolutamente”*. Gaspar convocó a las oraciones públicas en la iglesia y dijo a don Biagio: "No abandones esta población, Dios proveerá". Pero aquí está la noticia de la fatal muerte de la buena mujer, con un detalle impresionante: la mujer había muerto feliz porque pudo ver a su hijo, hablarle y ser por el consolada y tranquilizada. Pero, ¿Cómo? ¿Don Biagio no se había alejado ni por un momento de Gualdo Tadino, a ochenta millas de su pueblo!

La vida de este santo misionero está llena de acontecimientos milagrosos, pero aún más de las muchas anécdotas acerca de su caridad, los dones sobrenaturales de todo su estilo de conmover a los pecadores y llevarlos hasta las lágrimas y devolverlos a Dios. Él amaba pasar el tiempo entre la gente humilde. En Rimini, por ejemplo, pasó días enteros entre los pescadores en el puerto, donde San Antonio de Padua predicó a los peces. Fue un hombre de profunda piedad y también fueron frecuentes éxtasis; preveía el futuro y leía el secreto de la conciencia. Recorrió con Gaspar y otros hermanos toda Italia Central, predicando con gran celo, a pesar de las dificultades, las fatigas y exponiéndose a toda clase de privaciones y dificultades; pero nunca resentido del antiguo mal. ¡Así que fue un milagro viviente!.

El demonio para vengarse de las almas perdidas por su celo, lo molestaba continuamente con abierta persecución y violencia. Muchos fueron testimonios de hechos humanamente inexplicables.

Muerto don Gaspar, todos los misioneros, por unanimidad de votos, lo eligieron su sucesor. Supo, en un momento tan delicado, guiar el Instituto y continuar con la obra de su maestro. Murió serenamente y santamente el 22 de noviembre de 1846, dejando largo pesar.

No debemos permanecer en silencio, antes de concluir, dos episodios extraordinarios.

En Frosinone, bajando a la iglesia para celebrar, se encontró con la señora Teresa Chiappini, quien lloraba amargamente: su hija era ciega. Don Biagio bendijo a la pequeña y le devolvió a su madre: había sanado.

En Rimini, a menudo asistía en los últimos momentos a los condenados a la pena de muerte, en ese entonces lamentablemente muy en boga como remedio a los males sociales. Uno de los infelices se negó obstinadamente a recibir los sacramentos. Don Biagio abrazándolo, dijo: *"Hermano antes de que caiga en el cuello el hacha, al menos recita conmigo un Ave María"*. Cuando llegaron a las palabras *"ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte"* el condenado se echó a llorar y pidió la absolución. ¡Una vez más, la gracia del Señor había triunfado por la dulzura de don Biagio!